

## *Jazz y Boogie-Boogie*

La tarde, 1947

Miguel Espinosa

Es evidente que el hombre de hoy no ve apenas, ni material ni espiritualmente. Si levanta los ojos y los posa en el porvenir incierto que le espera, no encuentra nada claro ni verdadero. El habitante de la gran ciudad es incapaz de lanzar su vista dos metros más allá de su propia nariz sin exponerse a caer en la anarquía. Resulta que por todas partes se le presentan incógnitas, y como su corazón no está hecho para resolverlas se ciega los ojos para no verlas. Entonces no se le ocurre otra cosa que entretener su cerebro con la música. Entretener su cerebro y aniquilar su espíritu; porque no creo que haya mayor analgésico para el alma que los sonos bullangueros de esa música popular y callejera que es el jazz.

El efecto que se busca en ella es el mismo que el bebedor romántico, que apura la última gota, busca en el alcohol: olvido. Y, sobre todo, olvido de la mayor y más insistente pesadilla: la consciencia de ser hombre.

En realidad, entre la música llamada clásica y la moderna hay la misma diferencia que existe entre un burgués soñador y un paria proscrito que atraviesa un bosque, perseguido por una jauría de perros. ¿No es verdad que en algún momento gustaría el perseguido ser perro?... La música clásica es recuerdo; se trata en ella de remover las sensaciones depositadas en el alma. Es hija de tiempos burgueses y pacíficos, que se permiten afinar sus sentidos, introduciendo en lo más hondo del espíritu la línea aguda de la melodía para producir sensaciones. Cuando oímos a Schubert notamos cómo nos suben al corazón los vapores calientes del alma, se nos mueve el ser, se estremece un segundo el espíritu y por algunos momentos sentimos en nuestra propia carne la marca dura, seca, dolorosa, de la consciencia del ser.

Por el contrario, la música de jazz es olvido. Se trata de dejar por unos momentos la tortura del espíritu, de ese algo que está diciendo continuamente un rotundo no a nuestra vida, a la realidad perezosa que nos confunde. El jazz en sí no es alegre, sino triste; pertenece a unos tiempos de amargura y decadencia, pero encierra un formidable grito de rebelión y salvajismo, de fecunda barbarie, que tiende a desbancar las dengues

posturas de los fariseos que se lamentan de la abominación de nuestra época. La juventud no baila porque se siente cansada de ser supercivilizada y técnica, y quiere desenfrenarse en el camino que conduce al más puro primitivismo. El lechuguino que se lanza a él nos quiere recordar que aún sabe rebelarse, y que, desterrado tristemente en su puesto oficinesco, ansía con vehemencia el puesto noble y viril de guerrero en una tribu de África central. El boogie-boogie mantiene enhiesta la sana doctrina del raptó femenino contra el pálido y triste hecho de los divorcios legales y el matrimonio infecundo y corrompido. Contra el vals sentimental; contra el fox ramplón y mediocre; contra el tango ruin y quejumbroso, plebeyo, se alza esta música fiera, bárbara, estúpida, como el primer grito que anuncia a los sabios la mágica y exuberante vitalidad de la barbarie.

Nadie que sienta el suficiente asco hacia este medio espíritu, endeble y sensiblero, que hoy pretendemos revestir de las insignias regias como a un nuevo Augustulo para tapar con su pompa y nuestros clamores de filisteos la vaciedad mental y la falta absoluta de nobleza de nuestros corazones, podrá sentirse ofendido porque los gamberros, movidos por un instinto biológico de sobrevivencia, hayan comenzado a recordar con nostalgia la vida inocente y feliz de sus abuelos, los compañeros del *Pithecanthropus Erectus*. Con un espíritu enfermo y achacoso, como un viejo acatarrado, podemos lanzarnos a problemas tan sustanciosos y tan bellos como los complejos de inferioridad, el masoquismo de la mujer o nuestra noble ascendencia simiesca; pero bailando el boogie-boogie sentimos la gran satisfacción de encontrarnos a nosotros mismos en ese mundo de desenfreno rítmico, de bravía zafiedad y de bárbara estupidez. El hombre que lo hace puede creer durante unos segundos que pertenece a un mundo creyente y primitivo, y que de entre todos va a salir un día el profeta loco que les anuncie el caos. Ese caos que tanto ama en el subconsciente el hombre civilizado; ese caos destructor y apocalíptico que puede ser el primer paso hacia el nuevo mundo inocente y bueno, creyente, sano como un guerrero de la Edad Media.

¡Jazz y boogie-boogie! Placer inmenso del desenfreno, de la zafiedad, buscada como antítesis de la vida administrativa y burócrata. El libidinoso espiritual que acaricia lánguidamente el último mechón de cabellos de la gran calavera de nuestra civilización sentirá sus sonos como el romano decadente sentía con temblor, entre orgía y orgía, el paso de los caballos germanos sobre las fronteras del Imperio. Suena la batería; la trompeta chirría cruelmente; el ritmo necio ensordece; la música negra lo invade todo,

absolutamente todo. Ante su vitalidad de cosa tonta van perdiendo las generaciones el sentido de la vieja música, de la vieja pintura, del viejo arte en general. El romanticismo ramplón se derrumba; caen los vacuos versos alejandrinos y los suspiros becquerianos; la tisis espiritual desaparece, los congresos internacionales, las estatuas, los homenajes y las santas y antiguas palabras.

¡Fiera música, que lo derriba todo!: Darwin, Freud, la ciencia fracasada, el amor de los poetas, los cuadros venerables de tantos sesudos varones. ¡Jazz y boogie-boogie!: bárbaros maravillosos que vienen a libertarnos de la tiranía del cerebro, de la tiranía de la mediocridad y de la tiranía de la cultura. ¡Magnífica estupidez la suya! Bien claro se ve que es necesario que ellos destruyan para que nuestros hijos o nuestros nietos construyan. ¡Ojalá que donde pisaran no volviese a crecer la hierba!